

GABRIEL RENE-MORENO

ESTUDIOS DE
LITERATURA BOLIVIANA



BIBLIOTECA DEL SESQUICENTENARIO
DE LA REPUBLICA

La Paz - Bolivia

MANUEL JOSE TOVAR

LOS POETAS que hoy tiene Bolivia forman dos categorías.

Pertencen a la primera aquellos que hace mucho tiempo se han creado la reputación de talia, con razón o sin ella, conquistándose en el país el honroso título de literatos, y cuyos nombres, por haber desempeñado puestos distinguidos en la administración, en la magistratura y en la enseñanza, están rodeados de cierta aureola de prestigio y popularidad.

Componen la segunda todos esos jóvenes entusiastas que desde diez años a esta parte han estado dando a luz en los periódicos muchas composiciones poéticas, y aun publicando de ella colecciones especiales; pero cuyos conocimientos y corta carrera no les han hecho subir todavía hasta lo alto de la posición social de los otros. En cuanto a sus obras, estas dos generaciones de poetas tienen también sus rasgos y caracteres peculiares que hacen más notable aún la separación que entre ellas existe.

El plan de las composiciones de los unos es sencillo y bien concebido, y perceptible la lógica interior que regula sus ondas más acaloradas; hay abundancia de ideas, más elevación, profundidad en los pensamientos, giros atrevidos y otras posiciones siegantes; manifestando en lo general más arte, más estudio;

una imaginación más castigada. Si no temiésemos abusar de la palabra, diríamos que estos vates componen la escuela clásica de su país. Ostentan los otros en sus poesías imágenes caprichosas y variadas, y profusión de comparaciones, metáforas, apóstrofes y otras figuras y adornos poéticos; dejan escapar de vez en cuando esos acentos apasionados y enérgicos, hijos de un alma llena de ardimiento que aspira a lo grande y a lo bello, y hacen por lo común, aiarde de un sentimentalismo melancólico recordando sus dichas pasadas y sus tristezas presentes, meditando en las zozobras y amarguras de la vida, en las injusticias e incensecuencias del mundo. En este sentido, y por contraposición, se les podría llamar los románticos de la poesía boliviana; debiendo agregar, en honra de estos bardos, que no pertenecen a la peor familia de las muchas que componen esta numerosísima casta. Aquellos, en su no corta carrera, han producido bastante para hacer ver de lo que su ingenio era capaz, y la crítica puede ya apoderarse de sus obras, con el fin de analizarlas y apreciarlas en su justo valor, emitiendo al mismo tiempo, sin temor de rectificaciones posteriores, un juicio general y concienzudo sobre los que las han escrito.

Creemos que éstos alcanzarán mejores y más espléndidos triunfos en el porvenir, ofreciendo por ahora sus metros, bajo el punto de vista filosófico, un alimento a la curiosidad de los amantes de las letras, los cuales se han complacido siempre en observar los primeros pasos del genio en cualquier clima, y en medir los progresos graduales de las literaturas nacientes. Y aquí también por qué la crítica ha de ser menos severa con esta falange de poetas; por qué ha de procurar estimularles y alentarles, ejerciendo más de una vez con ellos un magisterio hasta cierto punto doctrinal.

A la primera categoría pertenecen los señores José Ricardo Bustamante, Manuel José Cortés y Mariano Ramallo. Entre los que componen la segunda merecen citarse los jóvenes Benjamín Bianco, Daniel Caivo y Néstor Galindo. Don Manuel José Tovar se cuenta también en este último número, y de él vamos a ocuparnos.

Nació el 19 de noviembre de 1831 en el asiento minero llamado Ahueljiguata de la provincia inquisivi del Departamento de

La Paz. No conoció al autor de sus días, y a la edad de ocho años perdió a su madre. Más tarde, cuando ya era hombre y poeta, pudo comprender todo el valor de esta pérdida, y en sus horas de tribulación invocó a su madre, cuya imagen, a la manera de esas dulces y vagas reminiscencias de la infancia, había estado impresa hasta entonces en su mente.

Ven mitiga mi angustia,
 Ven, calma mi amargura,
 Flor escogida y pura,
 Celeste aparición.
 Ven, que tu blanco aliento
 Mi frente refrigere
 Y a su influjo modere
 Su pena el corazón.

Un corazón marchito
 Y de ilusión ajeno,
 Se nutre del veneno
 Que vierte la orfandad;
 Y lánguido fallece
 En el pecho en que mora,
 Y se deshace y llora...

¡Ten compasión... piedad!
 Como del sacro incienso
 La blanquecina nube
 Al trono de Dios sube
 Te alejaste de mí;
 Y has dejado mi vida
 Expuesta a mil azares
 En los ignotos mares,
 Que abandonaste aquí:
 Desde la excelsa cumbre
 De venturosa moras
 En mis siniestras horas
 Tu acento quise oír;
 Y velados los ojos
 Con ilanto de amargura
 Tu célica hermosura
 Quisiera descubrir...
 Mas ¡ay! denso misterio
 Siempre de mí te oculta

Y mi desgracia insulta,
Y agrava mi dolor;
Y yo, constante siempre
A tu recuerdo amado,
Ansioso he consagrado
Ofrendas de mi amor.

¡Ay! cuántas veces madre,
Cual de perdida estrella
Quise buscar tu huella
Para mirar mi fin,
Y cuántas he querido
Morir... y con anhelo
Buscarte en ese cielo,
Errante serafín.
En vano de tu tumba
Sobre la losa helada
Mi frente consternada
Con humildad bajé;
En vano te he llamado,
Que nada me responde:
¡Ay! ¿qué mundo te oculta?
¡Ay! madre ¿te hallaré?
De lejanas regiones
En el éter perdidas
Con ansias repetidas
Te pretendo evocar.
¡Ángel de los desiertos,
De la paz blanca aurora,
Mira el hijo que llora
Sin poderte encontrar!
Ven, mitiga su angustia,
Ven, calma su amargura,
Flor escogida y pura,
Celeste aparición.
Ven, que el alma se abate
Sin ese blando aliento,
Y de la paz sediento
Sucumbe el corazón.

En su orfandad Tovar pasó a la tutela de sus abuelos maternos, en cuyo tiempo recibió su educación primaria en la ciudad de Oruro. Al principiar en ésta misma los estudios de Instrucción secundaria, su tío por parte de padre D. Mariano Li-

no Tovar le tomó bajo su protección, y cuando en joven hubo avanzado algunos cursos le mandó a la capital de la República a seguir allí su carrera. Poco después de su llegada a Sucre, en 1850, Tovar fue presentado y admitido en un círculo de jóvenes, entre quienes un pronunciado sentimiento religioso y las ideas ultramontanas que profesaban habían establecido esos vínculos estrechos, esa misma franqueza y cordialidad que nace siempre de la conformidad de afecto, doctrinas y creencias. En este recinto privado leyó sus primeros ensayos poéticos, que fueron recibidos con agrado, y algunos aplaudidos; lo cual, si no es esa verdad un gran triunfo, en aquella época sirvió por lo menos de noble estímulo al autor, quien desde entonces consagró a la poesía el tiempo que le permitían sus estudios jurídicos. En ese mismo año otros jóvenes, entre los cuales merecen citarse los muy aprovechados Menacho, Caballero, Justiniano y Marizalde, fundaron una sociedad con el fin de estudiar algunas ciencias de su elección. Esto despertó vivamente la emulación de los amigos de Tovar, que desde algún tiempo habían proyectado asociarse también para disertar sobre bellas letras y sobre puntos de las ciencias sagradas. Además, se atribuían a aquélla, espíritu y miras antirreligiosas; decíase que sus miembros pertenecían a la escuela de los librepensadores y se proponían estudiar la Enciclopedia del siglo XVIII; y las palabras: "Si como perseveraron nuestros padres de la Independencia perseveramos, conforme ellos triunfaron triunfaremos", con que terminaba el discurso de inauguración que pronunció don Manuel María Caballero, fueron interpretadas en el sentido de tratar de establecer en la Capital una propaganda racionalista o panteísta para atraerse prosélitos entre la juventud. El celo católico de aquellos que no solamente no participaban de estas ideas sino que por el contrario las combatían en público y privado, no vaciló más tiempo en la realización de la idea proyectada; y en efecto, la Sociedad Católica-literaria fue instalada en breva con aparato y solemnidad, contándose desde esa día a Tovar en el número de sus más decididos y laboriosos miembros. En el seno de ella ha formado sus convicciones, creencias y costumbres, y allí su corazón principió a beber en las inagotables fuentes de ese misticismo delicioso y puro de la religión cristiana, que, como poeta, no ha sabido

desgraciadamente expresar con elocuencia. Al trazar estos apuntes literarios no será demás advertir que la Filética (tal es el nombre de la otra sociedad) no se ocupó, como se dijo, de las ciencias filosóficas ni sagradas, sino de aquellas que ofrecían una utilidad práctica por sus inmediatas aplicaciones a la Industria de Bolivia. En 1885 ya tenía formado con sus fondos un no mal surtido museo de historia natural y escrito un grueso volumen de disertaciones originales sobre la mineralogía del país.

Cuando la Sociedad Católico-literaria fundó el "Amigo de la Verdad", Tover, que hacía algún tiempo desempeñaba en ella el decanato de la sección literatura y lenguas, fue asociado a la redacción, compuesta de los presbíteros Montero y Taborga, y de los jóvenes Álvarez, Baptista y Urdinenea. Entre otras muchas composiciones que publicó en dicho periódico, insertaremos aquí dos que revelen muy nobles sentimientos en el autor.

EL MENDIGO

¡Ay!, niña, tú que entre risas
 Dejas deslizar tus días,
 Y descuidada matizas
 Las flores antojadizas
 De halagüeñas fantasías;
 Tú, cuyos sueños son oro
 Y tienes en tu presencia
 De delicias un tesoro
 Y de arcángeles un coro
 Para velar tu inocencia;
 Tú, que te aizas en la aurora
 Como la blanca azucena
 Que el rayo del sol colora
 Y el alba en su cáliz llora
 Gota fresca y de ámbar llena;
 Tú, que duermes blandamente
 Sobre delicadas plumas
 Y sin zozobra en tu mente
 Ves que tu cuerpo inocente
 Cubren blandas como espuma;
 Tú, esmaltada mariposa

Que vuelas de flor en flor,
 Robando acá miel sabrosa
 Allá fragancia preciosa,
 Y en otra parte color;
 Tú, niña que entre delicias,
 Vestida de muselinas
 Vives gozando caricias
 Lejos de las inmundicias
 Y de punzantes espinas...
 Dí, ¿por qué al ver a un mendigo
 La risa a tu labio viene?
 Entre harapos, sin abrigo...
 ¿Su cuerpo no es el testigo
 Del sufrimiento que tiene?
 ¡Ay! que él pasa largas horas
 Valando de noche y día;¹⁾
 Fieras, amargas, roedoras
 Son sus palabras sonoras
 En medio de su agonía.
 Tú no lo sabes, criatura,
 Porque entre sedas y flores
 Vives en blanda ventura
 Sin curar de su amargura
 Ni de sus hondos dolores.
 Yo bien sé que hay en tu seno
 Un tesoro de clemencia,
 Que de compasión está lleno;
 Pero del vulgo el veneno
 Emponzoñó tu inocencia.
 ¿Ves su escuálido semblante,
 Pálida su tez, marchita,
 Y su paso vacilante
 Bajo el peso que incesante
 Sobre sus hombros gravita?
 Con voz lánguida y cansada
 Por amor de Dios implora
 Y su pupila gastada
 Deja caer desmayada
 Una gota abrasadora.
 ¡Ay! si en su triste orfandad
 Llegase a esperar abrigo,
 Si le diese con piedad
 El pan de la caridad
 La mano de algún amigo...!

GABRIEL RENT-MORENO

Mas es solo, sin consuelo,
Es su alimento la pena,
Es ya su costumbre el duelo,
Y su lecho el duro suelo
Do la suerte le condena...
¿Y rías, niña, a sus males?
Es cierto, tú no sabías
Cuánto son de criminales
Esas sonrisas brutales
Que en los otros advertías.
Por eso sin el desprecio
Que en el semblante se pinta
De ese torpe vulgo necio,
De tu caridad por precio
Diste una risa distinta,
Sí, compadece al anciano
Y a la mujer desvalida,
Tiéndeles siempre tu mano,
Porque un poder sobrehumano
A hacer el bien nos convida.
Tal vez ¡ay! mientras gozamos
De los placeres del mundo,
La maldición arrastramos
De aquellos que abandonamos
De su mal en lo profundo.
¡Ay! quizá de sus clamores
La voz sorda nos consume
Y nuestra vida de flores
Al fuego de los dolores
Se deshaga cual la espuma,
¡Oh! es triste ver muriendo
A un mendigo desgraciado,
Y al mismo tiempo riendo
Ver, en abandono horrendo,
A un vulgo desenfrenado.

LA VARSOVIANA

¿Qué inspiración de los cielos
Animó la fantasía
Al dar en esa armonía
Las quejas del corazón?
¿Qué ángel vino a reclinarse

Contra tu seno un momento
 Arrancando ese lamento
 Que demanda compasión?
 ¿Por qué en sensible abandono
 Tú música languidece,
 Y así preludiar parece
 Un acento de dolor?
 ¿Por qué conmueve tu ternura?
 ¿Lloras tu propia amargura?
 ¿Sientes algún torcedor...?
 O es que al dar esa armonía,
 Venciendo tu fantasía
 Lleva tu dulce armonía
 A esa Varsovia infeliz.
 Y del Vístula en las playas
 Piensas tal vez que una hermosa
 Contigo su mal solloza
 Pensándose así feliz!
 O es que al dar esa armonía
 Comprendiste los pesares
 De los seres que, a millares
 Sufren ansias y aflicción...?
 ¡Ay! basta..., apaga el sonido,
 Cae tu música, Aurora,
 Que al oírta el alma llora,
 Se estremece el corazón.

Estos ensayos de Tovar fueron muy bien recibidos, y a ello contribuyó poderosamente una circunstancia que mencionaremos de paso. El "Amigo de la Verdad", que en su principio publica algunos artículos importantes y de no escaso mérito literario, tuvo no sabemos si la debilidad o la extravagancia de dejar invadir su redacción por unos frailes; y estos piadosos varones, pero pésimos escritores, ensartaron en él una serie de artículos en que, con un estilo lleno de sandias jocosidades, de triviales refranes y de latines de sacristía, trataban cuestiones graves y asuntos muy elevados; acompañando de vez en cuando a esta prosa, como por vía de condimento, algunas coplas a la Virgen con estribillos y retruécanos, y varias traducciones y paráfrasis de los salmos de David en el mismo metro de las fábulas "El berrico y la flauta" y "Las lagartijas" de D. Tomás de Irlarte.

Entonces aparecieron algunas poesías de Tovar y de otros, que escasas de invenciones y pobres de pensamientos, pero ostentando algo de las formas y manera de Espronceda y Zorrilla, produjeron un admirable efecto al lado de los franciscanos engendros.

Patriota por carácter, Tovar simpatizó con la popular revolución de 1848, que muy joven le tomó, y ha sido un enemigo constante y declarado del militar y usurpador gobierno de Belzu, contra quien se expresa muy duramente en un canto titulado "Mi patria", que el autor calificó de frenético, y nosotros ahora de malo, bajo muchos conceptos. Sin conseguir despertar en él contra Belzu ese noble odio en que ardemos contra Rosas al leer la Oda de Mármol, que lleva el nombre de este tirano, y provocando en ronca voz a una guerra fratricida, de desolación y exterminación, se podría decir en este caso de Tovar, aunque envuelve un contraste la comparación, lo que M. Viennet de Schiller:

De sa plume de fer le vitriole
ruisseife; S'il n'agit sur le cours,
il agit sur les nerfs.

En 1853 publicó "La Creación", poema lírico descriptivo en que ha ostentado una fantasía rica y esplendorosa, descubierto muchas aptitudes para la descripción, y hecho oír la sonora entonación de que es susceptible su lira cuando obedece al entusiasmo poético y no al prurito de hacer ruido con el fin de pasar por fecundo. "La Creación" es una obra de largo aliento para el pueblo en que ha sido escrita, y es sin duda el título y credencial que como poeta tiene Tovar para ser digno del aprecio de sus compatriotas y de la consideración de los amantes de las bellas letras. Más adelante insertaremos algunas estrofas.

En esta época Tovar escribió algunas composiciones eróticas, género que no había tocado aún; pues tarde para los tiempos que alcanzamos sintió la misteriosa impresión del amor. Antes, las inefabes aspiraciones de su alma hacia lo infinito, tenían su germen en la piedad religiosa diciendo entonces de la creación lo que más tarde pudo decir del amor:

Hay un encanto sublime
 que halaga en la adversidad,
 Y si triste el alma gime,
 Elí suaves gotas exprime
 De dulce felicidad.
 Este tesoro divino
 Que conserva el corazón
 Para seguir del destino
 El misterioso camino,
 Es la bendita oración.

Insertaremos un trozo de un fragmento titulado "Su Nombre", con el cual podrá el lector formar su juicio acerca del mérito de Tovar en el género erótico.

¡Qué me importa, bien mío,
 Que lejos de ti aliente,
 Que en penoso desvío
 De llanto me alimente?
 ¿Qué me importa que viva
 Sediento de sosiego
 Y que la lava activa
 Del amoroso fuego
 Quiera abrasar mi sien?
 ¿Qué vale la tortura
 Del fiero sufrimiento
 Que quiere la ventura
 Convertir en tormento
 Hallándome sin tí?
 ¿No es cierto que cual nace
 Para la mar la fuente
 Que en perlas se deshace
 En su clara corriente
 Para amarte nació?
 Tu nombre yo repito
 En el silencio umbrío,
 Y tu nombre medito
 Del onduloso río
 Las ondas al mirar.
 Entonces me parece
 Que renace la calma,
 Mi sentimiento crece...
 ¡Feliz, dichosa el alma
 que le puede invocar!

Es el ángel que del cielo
 Se descuelga blandamente;
 Y en el aire transparente
 Se muestra con esplendor;
 Que desplegando las alas
 Anchas como el firmamento
 Descendió del alte asiento
 Por mitigar mi dolor;
 Es el eco que suspira
 En los cóncavos perdido
 Llevando en tenue sentido
 La voz de consolación;
 Que recorre presurose
 La alta montaña y el llano
 Venciendo del Océano
 La inmensurable extensión.
 Amarte fue mi delirio
 En las horas de mi vida,
 Amarte fue mi martirio,
 Fue mi estrella maldecida.

Tovar no sólo ha cantado el amor espiritual sino también el amor instintivo o sensual, respirando alguna de sus composiciones toda la voluptuosidad del Proporcio y Villegas.

Sólo sirve para la recitación, pues en la mayor parte de sus versos falta el acento rítmico de la tercera sílaba, necesario para que la composición sea musical e cantable.

Vuelve a mí tus lindos ojos,
 Vuévelos a quien te adora,
 Oh! no me esquives, señora,
 Este encanto celestial.
 Son tus ojos para el alma
 El bien más grato que alcanza,
 La prenda de la esperanza,
 De consuelo un manantial
 Ven, acércate a mi seno
 Niña adorada y hermosa,
 Tu cabeza, ven reposa
 En mi ardiente corazón.
 Inclina, pafoma mía,
 Sobre mi seno tu cuello
 Y al estrecharte yo el sello

Pondré en é de mi pasión.
 Para llevarla a mi labio
 Extiende la blanca mano,
 Que es mi encanto soberano
 Besártela con ardor
 Compláceme, vida mía,
 Dame los amados brazos,
 Que ellos han de ser los lazos
 De nuestro inocente amor.
 Ven, a tu seno yo el mío
 Quiero estrechar palpitante
 Y gozar de tu semblante
 La dulzura sin igual.
 Quiero beber en tus labios
 El perfume de los cielos
 Y embriagarme de consuelos
 Con tu aliento virginal.
 Me será grato, alma mía,
 Pasar contigo la vida
 De mil flores retejada
 Sin temer la tempestad:
 Y feliz siempre a tu lado,
 Blanca flor de mis amores
 Mis placeres, mis dolores
 Ofrecer a tu beldad.

En 1855 Tovar tomó parte en la redacción de "El Porvenir", periódico político y literario del cual D. Mariano Baptista, que en aquella época era un celoso defensor de los derechos del pueblo, enemigo de los gobiernos dictatoriales y de las inicuas venganzas, tenía el cargo de redactor en jefe. "El Porvenir" ha sido sin duda en Bolivia el periódico mejor escrito en los últimos diez años. Sus redactores, aunque jóvenes y lanzados a terreno tan resbaladizo en circunstancias muy graves, supieron unir la audacia con la prudencia, el nervio y vigor del razonamiento con la templanza y moderación de las palabras, logrando así poner en apurados conflictos al gobierno de Belzu y despertar el espíritu público en todos los ámbitos de la República. No es a la verdad de estos noveles pero sensatos y atinados escritores, sino de ciertas cabezas calenturientas o periodistas románticos descabellados, de quienes la moral pública de Sucre decía algunos años después:

"Animándose la ignorancia con el reinado tranquilo y triunfante del atrevimiento, se ha lanzado también a la arena periodista, y hemos visto levantarse escritores de los talleres y de más abajo, para hacer de la política un pandemónium, de la administración un caos y de la discusión un infierno! Hemos visto niños con la leche en los labios, apenas salidos de las escuelas, proclamarse maestros de sus maestros, apóstoles de falsas y perjudiciales doctrinas para ellos santas y nuevas; y, despreciando con imprudente y torpe audacia las obras de sabios de una reputación europea, universal, proclamarse superiores a ellos, y focos de luz, salvadores de la humanidad".

Entre otras composiciones de Tovar que publicó "El Porvenir" citaremos una titulada "Las Ilusiones", que mereció entonces muchos elogios de parte de los amigos del autor. Nuestra exactitud e imparcialidad de biógrafos nos obliga a declarar acerca de ella nuestra opinión, antiendo el que sea contraria a la de estos señores. La tal oda peca por su fondo y por su forma.

En cuanto a lo primero, muchos de sus pensamientos son falsos, y los que no lo son se prestan a erróneas interpretaciones a causa del enlace que con los falsos tienen, resultando de esta amalgama no poca confusión e incoherencia. El argumento es una especie de orgía de la imaginación en que el poeta aparenta dudar de todo, asienta que la vida es un engaño y al mismo tiempo que la realidad se parece a un lodazal, y nos da esta originalísima definición:

¿Y es qué la ciencia?
 ¡La sátira mordaz de la demencia!
 ¡Columna de que el tiempo se reirá!

para probaros que el saber es una mentira y la razón una quimera: siguiéndose por añadidura algunos rasgos históricos sobre los patriarcas, el paso del Mar Rojo, la toma de Jericó y de Salem, los progresos de la tierra de Canaán bajo los israelitas, con algo sobre los profetas, las playas del Jordán, el Gólgota, María Santísima, las catacumbas, etc., etc., y toda esta letanía para sacar por consecuencia que todo es ilusión y que só-

lo la fe no es ilusión. También es víctima Tovar en esta vez del constante prurito que tiene de hablar de su persona, lo cual es por lo regular en quejumbrosos versos; y declinamos víctima, porque siempre hace el poeta una tristísima figura cuando aparece en medio de estos agitados y deslumbradores cuadros.

Por lo que hace a la forma, se podrían señalar muchas expresiones impropias y otras traídas nada más que para llenar la medida y satisfacer a la rima, siendo de notar además el inoportuno y exagerado empleo de atrevidas figuras, algunas faltas de armonía y el mal gusto de la frase.

de ese viento
De vans vanidad vamos volando,

que poco le falta para correr parejas con aquel verso de Ennio:

O Tite, tute, Tati, tibi tantoa, tyranne tulisti.

Las demás poesías sueltas de Tovar, que son muchas y algunas desmesuradamente largas, están plagadas de defectos, pudiendo a su lado pasar como modelos inimitables los muy mediocres ensayos de lord Byron en los colegios de Harrow y Cambridge. Ojalá permanezcan, como hasta aquí, inéditas. La mayor parte de las que están en versos de ocho sílabas, no son sino prosa rimada: les falta ese colorido y armonía, esa entonación sublime o *magna sonaturum* como dice el maestro, que necesitan las obras poéticas para agradar y conmover. Tovar no es entonces hijo de las musas, y puede decir con Horacio: "Yo no entro en el número de los poetas; no basta componer versos que consten; y si alguno los escribiera como yo, en un estilo semejante a la prosa no se vaya a creer que es poeta".

Primum ego me illorum, quibus dederim esse poetas Excerptam numero; neque enim concludere versum Dixerit esse satis; neque ni quis scribat uti nos sermoni propria, putes hunc esse poetam.

El asunto de *La Creación* es, como su nombre mismo lo indica, la creación del mundo por Dios, en lo cual el poeta se ha ajustado a la letra de los dos primeros capítulos del Génesis, y

al sentido que les dan los intérpretes y expositores católicos. Este grandioso acontecimiento, que el inspirado y sublime Milton cantó ya, aunque a la ligera, en el libro VII del *Paraiso perdido*, es narrado por Tovar con amplitud y fuego lírico, y con todo el brillo y esplendor que da una imaginación rica y ardorosa. El poema está dividido en diez cantos, y principia con una larga invocación, cuyas estrofas más notables son estas:

Nada sé, sino sólo que hay un cielo,
 Que en ese cielo hay Dios que todo ordena...
 Mas ¿cómo nací yo, cómo la amena
 Natura me prodiga su consueño...?
 A correr tal misterio no me atrevo,
 Mi mano temblorosa se detiene
 Y sólo a contemplarte el alma viene:
 Contigo entusiasmado yo me elevo.
 Y pretendo leer, para tu gloria,
 El libro sacrosanto de tu nombre,
 En viejos caracteres, para el hombre,
 Escrita la por siempre nueva historia.
 Escucharán los hombres mis canciones,
 Dulces serán mis voces y serenitas,
 Si quitas de mi pecho las cadenas
 Y das a mi palabra bendiciones.
 ¡Ojalá pueda yo, Señor, pueda mi labio
 Cantar con energía, de este mundo
 El origen por siempre tan profundo
 Y siempre dubitado por el sabio.
 Mas, venga sobre mí tu excelsa lumbre
 Para dar a mi pecho la energía,
 Descienda sobre mí cual algún día
 Descendió del Oreb sobre la cumbre!
 ¿Qué soy, qué puedo yo sin que me venga
 un rayo de esa lumbre benéfica?
 ¡Ilumina mi mente, luz creadora,
 Y pueda tu grandeza contemplar!
 De la arena soy grano en el desierto,
 Soy la flor que germina en las honduras,
 La gota que se pierde en las alturas,
 O triste se confunde con la mar.
 He seguido constante el claro día,
 De la noche he bajado a lo profundo,
 Y en la luz o tinieblas de este mundo

Los ecos de tu nombre sólo oí.
 Al descolgar el sol desde la cumbre
 Su rubia cabellera, de tu frente
 La lista pensó ver, que refulgente
 Desde el cielo bajaba para mí.
 Y por siempre tus obras suspendieron
 Mi mente de pesares abrumada,
 Cual roca de los mares azotada
 Mi vida sin zozobra contemplé;
 Y siempre con placer tendí la vista
 A tu bondad, Señor, a tu clemencia
 Y en horas de sosiego o de dolencia
 Mi esperanza tú fulste y mi fe.
 Tiéndeme la mirada soberana,
 Y en mil chispas deshecha tu luz pura,
 Aclare la tiniebla densa, oscura
 Del abismo que quiero descubrir,
 Quiero bajar al seno de los mares
 Y mirar en su fondo tus criaturas,
 A las aves seguir en las alturas
 Y todos tus portentos bendecir.
 Cantaré de la dicha los albores,
 El origen del hombre, su existencia,
 La gracia virginal de la inocencia,
 De los amores el primer amor.
 Empero, que tu aliento me dé aliento,
 Anime tu mirada mi alegría,
 Y al decir de este mundo la armonía
 Me preste tu grandeza su favor.

He aquí algunas estrofas del canto segundo:

ETERNIDAD DE DIOS

Los tiempos a los tiempos se suceden:
 De la noche al silencio pavoroso
 Sucede el esplendor de un bello día;
 Y a la luz argentada de la luna,
 La plácida alegría
 Del sol que reverbera en los cristales
 Deshecho en luminosos manantiales,
 Al turbión que revuelve la montaña
 Con ímpetu terrible
 Reemplaza de las auras matutinas

El aliento que sopla mansamente,
 Y va a halagar las hojas con blandura,
 O beber en cáliz de las flores
 Purísimos olores,
 Para vertir aromas deleitosos
 En el campo desierto, o la pradera
 A la luz que en oriente reverbera
 Y viene en pos del rayo que la luna
 Descuelga melancólica, tranquila,
 El lánguido destello
 De solitaria estrella que fulgura
 Al borde de los cielos suspendida,
 Cuál náyade que vierte su amargura
 A la orilla sentada de la fuente
 Gozando de su plácida corriente.
 Cuando surca la nave silenciosa
 Los mares, como cisne que resbala,
 Y grande se presenta, poderosa,
 Entre el cielo y el agua, solamente
 Da voces de placer y de alegría
 Impávida la gente.
 Mas, pronto hierve el mar: su oscuro fondo
 Los cielos desafía; se atropellan
 Las ondas con las ondas a porfía;
 Los cóncavos se llenan,
 Y las lisas, lucientes superficies,
 Son montes encrepados, pabellones
 De muerte levantados por pendones...!
 Y zozobra la nave... se levanta,
 Su frente consternada toca al cielo,
 Confúndanla las olas... reaparece...
 Se pierde en los abismos... va a la roca,
 De vientos y cascadas impelida;
 Más, aún no bien la toca
 Su fuerza la rechaza con violencia,
 Y en mil partes deshecha sobrenada
 Cuando la mar se muestra ya calmada,
 Entonces de las costas bulliciosas
 Confusa multitud de aves se agolpa,
 Y busca presurosa
 Cual hueste belicosa
 Descanso a las fatigas y sosiego:
 Unas las aguas quieren, otras buscan
 La roca que en el centro se engalana;

Aquellas su plumaje sacudiendo
 Descansan en el mástil más alzado,
 De nueva navegante que ha llegado;
 Y todas delertadas clamorean
 Con picos amorosos su alegría,
 Del céfiro rizadas, sin cuidados
 De miedos y peligros ya pasados.

Al bien sucede el mal, al mal el bien;
 Al estio sucede la frescura,
 Y todo se encadena en la natura
 Con orden prodigioso para un fin.

Los árboles, desnudos de las hojas
 Que con verdor y pompa los mostraban,
 Los que frutos dorados convidaban,
 Secos, leñosos, sin color están...
 Y no prestan alfombras de esmeralda
 El césped gramíneo en este llano,
 Ni las malvas fragantes en la falda
 De aquel monte lejano:

Es seca palidez que bien retrata
 Inmensos cementerios apartados
 Con cruces, monumentos, sepulturas
 Por un rayo de luz iluminados;
 Y gritan a los hombres de la tierra
 Los horrores del hambre y de la guerra;
 Y a las pobres naciones.
 Sus locas y forzosas mutaciones.

El hombre que ayer fue no es el de hoy día:
 Pasaron Tebas, Menfis, Babilonia...
 Los viejos monumentos se arruinaron,
 Y en el desierto hundidas
 Memorias solamente nos quedaron.
 ¿Qué se hicieron los grandes que algún día
 Daban su voz por ley, y era su nombre
 El espanto y terror de las naciones...?
 Los triunfadores bélicos pendones
 ¿Qué se hicieron, oh cielos, dónde están?
 ¡Oh! fue humo su existencia, fue un sueño
 Acaso exhalación devastadora,
 O breve meteoro fugitivo,
 Que brilla en el espacio... desaparece,
 Y luego el horizonte se presenta
 Más negro, más adusto, más terrible

Con la luz momentánea que se ausenta.
 Al ver que el labrador lleva el arado.
 Cantando las canciones de su infancia.
 En el mismo lugar en que otro tiempo
 Las voces del tribuno se escucharon.
 Lágrimas de dolor derrama el alma.
 Y mira con pesar, cuánta miseria.
 Qué de llantos amargos, qué de sangre
 Por un solo recuerdo el hombre diera
 ¡Tan sólo por tener una memoria
 Grabada por los siglos en la historia!
 Y mira con dolor tantos deseos
 Y tantas y tan vanas esperanzas.
 Después de las intrigas y venganzas.
 Después de la virtud y el sufrimiento.
 Después de los esfuerzos y fatiga.
 Y después de luchar con el tormento!
 Una mano enemiga.
 La mano de los tiempos temeraria,
 Viene a segar las flores de ventura
 Y secar con el polvo del olvido
 La más tierna esperanza y más amada:
 El tiempo ha concluído.
 Y dice: "para el tiempo queda nada".
 Se han visto suceder generaciones
 Las unas a las otras sin reposo:
 Las hojas, fecundar, ya carcomidas
 El ramaje frondoso
 Del árbol que sucede envanecido,
 Al árbol que esas hojas arrojó.
 Y al ver nacer, morir al mismo tiempo
 En vano a la materia ETERNA han dicho,
 Y con tenaz capricho
 En vano en su delirio clama el hombre:
 "Todo cambia de formas, todo muere!
 "El tiempo sólo, el tiempo es inmortal". (1)
 En vano, muy en vano, que en el cielo
 Hay un ser que es eterno por esencia:
 En él tuvo principio la existencia:
 Y a él todo lo que es digno volverá.
 Al hacer lo que quiso en un principio (2)

(1) Bermúdez de Castro. Ensayos poéticos.

(2) Salm. 48, vers. 6.

Al tiempo destinó su gran horario,
 Momento por momento la carrera
 Marcando de su vuelo funerario,
 Levantando su dedo,
 La mirada imperiosa y voz potente,
 Al tiempo manda que las horas cuente,
 Parado en los dinteles del abismo,
 Señala en la extensión del infinito
 Un círculo finito.
 Y con voz retumbante como el trueno:
 "Esta es, oh tiempo!, dice, tu medida,
 Corre si puedes raudo más que el rayo
 Y cedan ante ti generaciones;
 Que nazcan las naciones
 Y mueran tras las unas las siguientes;
 Los hombres se levanten, se sumerjan;
 Las cosas se trastornen y las gentes;
 Y tú, al recorrer con ese vuelo
 Tu poderoso imperio,
 Un punto solamente habrás corrido,
 Del que se ve en el cielo
 Círculo prodigioso, que es tu esfera
 Y mide sin cesar tu gran carrera.
 Veloz como el querer, anda do quieras;
 Que mil mundos que críe se anonaden;
 Que más de mil esferas cual la tuya
 Tan grandes, tan pesadas, tan penosas
 Sucesivas discurren, y a su cabo
 Consigan alcanzar... De la que miras
 Eternidad de Dios que es increada,
 Habrás vencido nada".
 Así Dios, en su ser, dice a ese tiempo,
 Y ufano entonces el tiempo se envanece;
 El orgullo le crece.
 Y una voz empuñado el petro regio,
 Lo que fue otro tiempo monte erguido
 En arenoso llano ha convertido.
 Pentápolis, Pempeya y Herculano
 A sus plantas bajaron la cabeza,
 Y mísera pavesa,
 Sepulta por el tiempo, solamente
 Quedó de sus grandezas, de su gente.
 Allá donde los hombres jactanciosos
 De fuerza y de valor dieron señales

Luchando como fieras animales.
 Discurre la corriente silenciosa,
 A su margen brotando bellas flores
 De gratos y suavísimos olores.

.....
 De ese gran reloj suspendido
 Al terminar el curso perezoso,
 Otra vez seguirá el negro caos
 El vacío espantoso
 La nada para seres mundanales
 El todo para aquellos eternals.
 Vendrán las tempestades de un principio,
 Y las que fueron antes bellas fuentes,
 Las limpidas corrientes
 Los llanos de hermosura y vida llenos
 Y las playas alegres seductoras,
 Al son de las tormentas y los truenos
 Gemirán su terrible despedida;
 Y al pulsar en la lira de los tiempos
 La vibración postrera de agonía,
 El último sonido, su suspiro...
 El gran Jehová vestido de grandeza
 Pisará de los mundos la pavesa.
 En medio del confuso torbellino
 Formado de elementos en trastorno,
 En las densas tinieblas y el silencio
 Que reine sepulcral en el vacío
 Con acento sombrío
 Una voz clamará del infinito
 "Jamás" por el espacio repitiendo,
 Y los ecos "por siempre" devolviendo.

ETERNIDAD Y DIOS, una palabra
 Son sólo sin diversas acepciones:
 El fue desde el principio, será siempre, (1)
 Cual es en este instante, noche o día,
 Porque el Verbo sagrado ya existía
 Antes que las edades se contasen,
 Ni los astros sus cursos empezasen.
 Antes que lo que existe ser tuviera,
 Antes que apareciera
 El sol en el oriente cristalino,
 Ni el lucero brillante vespertino,

(1) San Juan.

El carro de Jehová era llevado
 En alas de su ser omnipotente:
 ¡Ese carro sagrado
 Que seguirán por siempre los querubes
 Sobre los copos blancos de las nubes!

El canto tercero lleva por título *Primer día*, y es la obra maestra de Tovar: en esta parte de su poema se ha mostrado muy digno de su asunto, lo que ciertamente constituye al poeta de mérito. Principia así:

Era, pues, de este mundo la excelencia
 Que se muestra armoniosa,
 No ser, en un principio, no existencia:
 Oscura, densa niebla, sin confines,
 Por doquier se extendía pavorosa;
 Cual en mar que rebulle procelosa
 Las sombras confundidas se chocaban,
 Ora bocas profundas presentando,
 Ora negras columnas levantando.
 A la voz del Eterno suspendidas
 Un momento quedaban en reposo;
 Después como impelidas
 De huracanes bravíos, formidables,
 En niebla enmarañada se encrespaban
 Y espantosos sonidos arrojaban,
 Los gemidos mintiendo del infierno
 O potente la voz del Sempiterno.
 En distancias sin término medido
 Fosfórica una luz aparecía:
 Era el carro de fuego que lucía,
 El carro sacrosanto del Señor.
 Como cruza ligero
 En noche encapotada y silenciosa,
 El relámpago que hiende las alturas
 De luces, revestido, las más puras,
 Recorre los abismos el Creador,
 Esparrama su frente en tomo suyo,
 Quebrados menudísimos cristales
 Que en el caos pululan
 Como chispas perdidas, blanquecinas
 Que lejos en sus cóncavos circulan.

Seguido de mil ángeles, su vuelo
 Para el Señor, y llama a la materia: (1)
 Los átomos se mueven bulliciosos
 Agitados en fervido conjunto,
 Y convocado al punto
 El germen de los seres no existentes,
 Repara que sumiso se presenta
 A escuchar el mandato de su Dios.
 Allí se mueve, del negro torbellino
 En el fondo perdida, del rocío
 La madre fecundante,
 Lo que será montaña, claro río,
 Lo que fuente, cascada u océano;
 Del más alegre llano
 El principio sin forma y aún sin nombre,
 Y por más complemento la del hombre
 Materia contenida en polvo vano.
 Elementos sin forma ni colores
 Rebulen por doquier esparramados,
 Ya rodando pesados en sus moles,
 Ya raudos, presagando muchos soles...
 Cella tu voz, oh musa
 Y contempla confusa
 El momento primero de este mundo...

En el siguiente trozo hay algunos rasgos que pueden servir como ejemplos de ese sublime, grave y majestuoso que tan enérgicamente eleva y asombra el ánimo:

La creadora potencia se levanta
 Y su voz, por mil ecos repetida,
 El caos mismo espanta:
 Pavorosos los cóncavos retiemblan
 Con estrépito horrendo:
 Y cual rubes pesadas se amontonan
 A beber de los mares el tributo,
 Así del hondo seno convocados
 Se presentan, los gérmenes plegados,
 El silencio se sigue,
 Y sigue a lo confuso lo sereno,

(1) No una materia existente ya, sino que con su poder la evocó de la nada.

Y a la faz del abismo se presenta
 La tierra como centro prodigioso.
 El elemento acuoso
 Circunda la nocturna nueva esfera
 Que, desnudada de plantas y de flores,
 Sin ánima viviente, sin fanales,
 Cual niño despertaba a los pañales;
 O cual de feto humano aun no nacido, (1)
 Es confusa la mole, y sin aliento,
 Así dormida, silenciosa y quieta,
 De forma vacilante e ignorada
 En medio de las aguas fue arrollada.
 Al crear el Señor el cielo y tierra,
 Al tiempo destinó su poderío,
 Y con cadenas ciñó el infinito,
 E hizo mesurable el gran vacío.
 Con vastos, de topacio
 Murallones soberbios e imponentes,
 Lo que es por siempre eterno, lo que acaba,
 Su poder apartó de entre los entes.

Es curioso notar la manera cómo está presentado en *El Paraíso Perdido* y en *La Creación* aquel sublime y tan conocido pasaje del Génesis: *Dixitque Deus: fiat lux. Et facta est lux.* "Y dijo Dios: Haya luz; y hubo luz". El poema inglés dice literalmente así:

—"Que la luz sea".—

"De repente la luz etérea, primera de las cosas, quinta esencia pura, brotó del abismo, y una vez lanzada de su oriente natal, comenzó a vagar al través de la oscuridad aérea encerrada en una niebla esférica y radiante, pues el sol aun no existía".

He aquí integra la estrofa de *La Creación*:

La tierra se movía sobre un eje
 Recién aparecida en negro bulto,
 De agua, circundada, turbulenta
 Que en su seno profundo la sustenta.
 La faja más oscura

(1) Job

El abismo cubría totalmente,
 Y cual lampo lucente,
 De esplendor y grandeza revestido,
 DE DIOS EL GRANDE ESPIRITU
 ERA POR LAS AGUAS CONDUCIDO...
 Cuando súbitamente
 Con majestad sublime extiende el brazo
 Parando en el espacio su carrera,
 Y dice: "¡La luz sea!"
 Y la luz al momento reverbera.

Aunque Milton, con sus brillantes palabras y sus poéticos adornos ha sido bello en este caso, a la manera de esos matizados y delicados campos de las cercanías de Londres, su país natal. Y conservando todavía su venerable sencillez, su rápida concisión y su forma dramática al pasaje del Génesis, y realizando aun más el pensamiento con esa imagen tan gráfica como vigorosa de Dios deteniéndose súbitamente en su carrera, y alzando el brazo con majestad sublime antes de hablar, ha sabido producir en nuestra alma la misma impresión que el inmenso y nevado Illmanl, cuya estupenda cumbre se pierde en las nubes.

El contraste que hace el caos con la luz que se extiende rápidamente por todos los ámbitos de la extensión, es dealumbreador y animado:

Cual manto luminoso desplegado
 En negra oscuridad, así aparece
 Llenando un horizonte
 El fanal que en el cielo resplandece;
 Baña su claridad el infinito,
 En anchos pabellones extendida;
 Reflejo es de Jehová; cubre sus sienes,
 Es orla de su manto su hermosura
 Y la gala más rica de la altura,
 Formando mil columnas de oro, brilla
 Sobre el éter delgado, transparente;
 En círculos se lanza
 Y circunda la frente
 Del ángel de la paz y la esperanza:
 Es ella de los puros serafines
 El esplendor, el brillo, la hermosura,
 Y cíñe sus cabellos

En iris descompuesta, los más bellos
 Y cuando el mundo lleno
 De los seres creados se presente,
 Será sobre los mares adormida
 Sábana inmensurable de pureza
 Que serena refleje su grandeza.
 En los limpios espejos de los ríos
 Hará su reverbero diamantino;
 El sol y las estrellas, sus fulgores
 Beberán en su seno purpurino.

¡Eres hermosa, oh luz, yo te saludo
 Y gozo de dulzura al contemplarte!
 ¡Designio fue grandioso el presentarte
 Antes que a todo ser!
 Contigo el universo iluminado
 De Dios el ancho templo será un día,
 Tú darás la alegría
 Y verterás la dicha por doquier.

Giran en derredor, regocijados
 Los ángeles, en círculos de fuego,
 Coronas a los aires esparciendo
 De nácar, de alabastro y de rubí.
 En torno del Señor, sobre sus alas
 Tendidos libremente sus cabellos,
 Vertiendo miles nítidos colores,
 Entonan todos ellos
 Los cantos de los célicos amores;
 Y suspensos se paran y se inclinan
 De sagrado respeto conmovidos.
 Si del Señor, la voz rasga el espacio
 De Jehová la grandeza y la alabanza
 Entonan con acentos de esperanza.

La luz ha sido ya; su clara aurora
 Fulgura sin tener una importuna
 Neblina que hasta el éter se levante
 A volar sus mil rayos de diamante;
 La luz ha sido ya... y el Señor dice:
 "Sepárense las neblanas, de la lumbre
 A términos distantes no medidos,
 A ser eternamente
 Con todo el medro mundo divididos".
 Así se verifica, y en el punto
 A la luz llama DÍA.
 Y da el nombre de NOCHE a la cerrada.

.....

Espesa, densa niebla separada.
 Allí fue... en aquello...
 En los menudos átomos brillantes
 Do se viera primero
 Circular centellantes
 Los fuegos de una luz consoladora;
 Más fresca, más rosada que la aurora
 Que hoy refleja sus rayos en la fuente;
 Más pura, más luciente
 Que las blancas, divinas alboradas
 Que en los meses floridos se levantan,
 Cuando las aves cantan
 Sus inocentes trinos, despertadas.
 Allí fue... en aquello...
 En la primera noche do se viera
 Solemne lobreguez, triste destello
 De las profundas noches do la vida...
 ¡De aquel silencio santo
 Que a suspirar al corazón convida!
 Sublime fue y grave e imponente,
 Más grave que la noche en los desiertos,
 Más que aquella que vemos tristemente
 Cobijar las moradas de los muertos;
 Sublime, sí, sublime cual aquella
 Que negra, melancólica suceda,
 Cuando ni quede huella
 De los siglos que han sido o han pasado
 Y queda nuestro mundo desolado.
 ¡Oh! Dios, una sonrisa
 Tu primer pensamiento nos brindaba;
 Mas, pronto ella acaba,
 Y tras sus mil encantos se divisa
 Adusto tu semblante; con tristeza,
 Moribunda, dormida la belleza...!
 Y siempre el corazón verá lloroso
 El triste suspirar, la noche, el llanto...
 Y siempre el corazón verá lloroso
 Suceder a sus goces el quebranto?
 ¿Es que siempre la lluvia, si desciende
 Sobre el tierno pimpollo con blandura,
 Ha de mostrar el rayo que se enciende
 En la región nublada de la altura?
 ¿Es que la flor, si nace sonrosada

Y haciendo de sus pétalos alarde,
 Vivirá nada más que una alborada
 Y rodará deshecha por la tarde?
 ¿Es que siempre a la calma de los mares
 Ha de seguir la tempestad tremenda;
 A la quietud del corazón, pesares,
 Y a la virtud, una pasión sin rienda?
 ¡Miserables moriajes! a la aurora

.....
 De un bello sol que lanza sus reflejos
 Habían de preferir la matadora
 Oscura lobreguez, en su conciencia...
 ¡Cuán dulce la inocencia
 Apareció, luciendo, en su mañanál
 ¡Cuán sensible, cuán pura, cuán lozana
 Se mostró derramando fresca esencia!
 ¡Y a la tarde, las sombras del pecado
 Eclipsaron el brillo de su frente,
 Anublando la rica, la esplendente;
 Corona que su Dios había formado!
 De gracias el dechado
 Manchó su ser excelso,
 Y en medio del pesar y la tristura
 Contempló la natura
 Sin la dulce sonrisa de alegría,
 Mirando suceder a sus contentos
 Y a sus goces perdidos, la agonía,
 Lloremos ¡ay! lloremos,
 Que fue llorar nuestro fatal destino:
 El corazón que gima,
 Y en cantos melancólicos sus maies
 A todas horas con dolor exprima...
 Empero tú, Señor, que a la tristura
 De las noches uniste ya el reposo,
 Dad la bendita calma
 Del sueño bienhechor, si sufre el alma,

"Tal vez los mejores momentos de la vida han podido dar-me fuerza en este mi primer trabajo; pero también, a la manera que algunas gotas de agua no siempre se desprenden de un cielo nebuloso, sino que se presentan sin que se vea su origen; así, en medio de mis transportes, el dolor no ha dejado de llorar una lágrima...

"¿De dónde ha sido?

"Cuando se ha presentado la gota en la atmósfera serena, es que el viento la ha traído de alguna nube que ya pasó o que está próxima.

"Cuando una lágrima se vierte en medio de los placeres, es que sin duda ha sido impelida del viento de los recuerdos o de la previsión.

"Perdone Ud., amiga mía, si alguna vez he dejado escapar-se un suspiro de las propias desgracias, cuando debiera hacer oír tan sólo las alegrías universales. Pero ya ve Ud., nunca la violeta de los sepulcros deja de hacer armonía en la corona de los desposados, ni el tenue lamento de una flauta quita su animación a una orquesta de júbilo".

Así se expresa Tovar en una dedicatoria que se lee en la primera página de su obra, refiriéndose a ciertas estrofas que, como algunas de las anteriores, se hallan impregnadas de ideas tristes y de sentimientos melancólicos.

Si no fuera más que esto, estaríamos en un todo conformes con él; porque no somos tan rigurosos que creamos que esos rápidos desvíos perjudiquen, cuando con parsimonia y tino se introducen, a la unidad de sentimientos que debe dominar en un poema de la naturaleza de **La Creación**; y los juzgamos, muy al contrario, indispensables a la armonía y variedad del conjunto. Interesantes en el sentido de que en esas digresiones se nos habla de nuestros afectos y pasiones, de nuestros deberes y de nuestra suerte. Pero es el caso que en el poema citado algunas de ellas son muy semejantes, y también idénticas, como sucede con la terrible memoria que del juicio final se hace al terminar los cantos segundo y cuarto, además de otras alusiones que acerca de este mismo suceso se encuentran en otras partes del poema. Este abuso es el que todos no podrán menos que censurar.

La narración de los amores de Adán y Eva no carece de naturalidad y sencillez, y ha debido ser naturalmente rápida y poco interesante. Aquel amor.

De los amores el primer amor.

tiene algo de fraternal y religioso, y en él no han tenido lugar esas fruiciones delirantes, esas zozobras violentas, esos dulces sacrificios, esos amargos y venturosos contrastes, esas cauficadoras preferencias, esos misterios y esa incesante actividad que, sólo cuando dos seres se aman en medio del tumulto de los hombres, hacen de este afecto una pasión, de esta pasión la unidad palpitante de las demás pasiones, y el manantial más frecuentado pero jamás agotado de inspirada y delatosa poesía.

El lector acabará de formar su juicio leyendo un fragmento más de *La Creación*:

SUEÑO DE ADAN

Y vede blandamente
 Dormido de las yerbas en la alfombra;
 Susurra muy cercana la corriente,
 Y un árbol muy frondoso le hace sombra.
 Late su corazón, sus blancas sienas
 De rojo se coloran, y la brisa
 Arranca, fugitiva, de su labio
 Angélica sonrisa.
 A momentos sus miembros se estramecen
 Por un divino influjo conmovidos,
 Y se alente que crecen
 En su pecho ferviente los latidos.
 La mano enfonces lleva, y en su seno
 La posa maquinal, sin energía;
 Pero pronto se torna ya sereno
 Y en su frente reluce la alegría;
 Esa alegría santa
 Que en sus cerrados párpados se cuele,
 Que tal vez a los ángeles revela,
 Lo que entonces le encanta...
 Y luego en su faz consoladora,
 En los tintes subidos,
 Se pinta la ansiedad que le devora,
 Y vierte con fatiga sus gemidos...
 ¿Véisle? De su ancho pecho
 En el campo nevado, descubierta
 Una herida hay profunda,
 Que el fresco y muelle lecho

De roja sangre inunda.
 ¡La mano del Señor la ha desgarrado,
 Y un hueso de sus huesos le ha arrancadol
 ¿Es ese su dolor, por eso gime?
 ¿Por eso convulsivo
 Su corazón altivo
 Se ensancha con calor y se comprime...?
 Mirad cual se levanta con firmeza,
 Aun no bien sacudido del beleño,
 Con que el Señor, su dueño,
 Un momento turbara su cabeza:
 Y antes de reparar en do se encuentra,
 Se busca con afán aquella herida...
 Pero ¡cuál es su espanto cuando advierte
 En su lugar viviente carne henchida!
 Busca entonces ansioso
 La parte de su seno, presuroso,
 Y al vagar su mirada con anhelo,
 Dos pasos retrocede... luego pára
 Sus ojos espantados, y los fija
 En el ser que repara...
 ¡Es la mujer! ¡Qué bella, qué hechicera!
 El ángel de sus sueños, su consuelo,
 La luz de su esperanza sobre el suelo,
 Su dulce, su adorable compañera... ¡
 Admirando sus formas y belleza,
 La mira con pasión, busca sus ojos,
 En ellos se contempla, se embelesa
 Y corre presuroso a su presencia
 A ligar con la auya su existencia,
 Pues era más hermosa que las flores
 Al rasgar en el alba su capullo,
 Y su voz, blando arrullo,
 Más dulce que del ave los clamores,
 En sus esbeltas formas sin adornos,
 Brilla el candor, la gracia, la soltura;
 De sus miembros los nítidos contornos
 Fúlgido espajo muestran de natura,
 En su nevada frente rasplandecen,
 Al rayo matinal que la colora,
 De púdicos afectos, una estrella,
 Y de luz virginal la clara aurora:
 Sus negros ojos giran
 Y santo amor inspiran.

¡Oh! qué dulce sonrisa
 Del labio nacarado se desprende...
 Cuando en su pecho enciende
 De su primer amor, la blanda brisa.
 Una celeste llama
 Que en su virgineo pecho se derrama!
 Muy bella, sí, muy bella, muy amada
 Adán la contempló con ufanía.
 Pues ella de su esencia compartía,
 Pues ella de su carne fue tomada:
 Por eso al estrecharla reverente,
 Entre sus brazos, por la vez primera,
 Contra su seno hirviente,
 La dijo con pasión: "¡Mi compañera,
 De mi hueso el hueso,
 La carne de mi carne, mi embeleso!"
 Con plácida sonrisa
 El Dios omnipotente les miraba,
 Y les dijo después, paterno, afable:
 "Sois dos en uno solo:
 Disfrutad de la dicha que inefable,
 Os deparé de eterno sobre el mundo,
 Desde los altos montes al profundo;
 CRECED, MULTIPLICAOS
 Y SOJUZGAD LA TIERRA:
 Soñoros de este mundo contemplaos
 Y de todo viviente que él encierra
 Viviréis siempre unidos
 En santa paz, en envidiable calma,
 Pues dos con sólo un alma
 En insoluble lazo sois reunidos:
 Por eso cuando llenen
 Vuestros hijos los ámbitos del suelo,
 Seguirán a su esposa, abandonando
 Cuanto de amable tienen:
 Pues dejar ha de el hombre,
 Sin vacilar, al padre,
 Y también a la madre.
 (Que con afán y con cuidado tanto
 Meciórale su cuna con encanto),
 Para unirse después eternamente
 A la mujer, consuelo del viviente".
 Dicho, los dos con júbilo se miran
 Y sin rubor sus ojos se fijaron,

Y mientras uno y otro así se admiran
 Ninguno de los dos se avergonzaron:
 La fúlgida aureola
 De angelical pureza
 Circunda la cabeza
 Y su frente arrebola:
 Con indecible afecto se arrebatan,
 Y en sus desahogos dulces e inocentes
 Del ángel los amores se retratan:
 De sus risueños labios exhalada,
 Cantiga melodiosa de alabanza,
 De amor llena, y dulzura y de inocencia,
 Sube entonces al cielo, entusiasmada,
 Bendiciendo la santa Providencia;
 Y mientras apacibles sus cantares
 El viento rompen, que las hojas mueve:
 Las aguas de los mares
 Y todo el universo se conmueve:
 Todo publica el nombre
 Del Santo de Israel, que en las alturas
 Asienta ya su trono soberano,
 Formadas de este mundo las criaturas,
 Y los seres celestes, armoniosas
 Las cítaras de oro
 Hacen vibrar sonoras en el viento,
 Para cantar en coro
 Con melodioso acento:
 ¡GLORIA AL DIOS DE LOS CIELOS! ¡GLORIA AL
 [NOMBRE
 DEL SANTO DE LOS SANTOS! ¡GLORIA SEA!
 ¡BENDITA LA POTENCIA
 QUE EN CREAR MIL PORTENTOS SE RECREA!

Sentimos que los límites de este artículo no nos permitan insertar el valiente apóstrofe al sol del canto cuarto, y varios rasgos descriptivos llenos de animación y armonía; así como también hacer algunas reflexiones a que se prestan varias partes del poema.

Bástenos ahora observar que el asunto de La Creación, así y todo como es, para satisfacer al refinado gusto moderno exigía en el autor una instrucción y fuerza de ingenio capaces de hacerle abrazar un cuadro más vasto y grandioso, en el que se hiciese una síntesis rápida y brillante de las leyes providenciales del mundo físico y las que rigen los destinos del hom-

bre, de las naciones y de la humanidad; un cuadro que pudiese elevar el espíritu, conmover el corazón y cautivar la fantasía bajo la mágica influencia de lo maravilloso celestial, y de esas sublimes imágenes que nos permiten contemplar desde aquí abajo lo que arriba pasa y mostrarnos algunos eslabones de esa misteriosa cadena que liga a este mundo transitorio con aquel mundo eterno, tal como esa imagen que nos presenta el cantor de los natchez cuando nos habla del inmortal eje de oro a cuyo rededor giran todos los universos creados, sostenido por tres ángeles que impiden la entrada del tiempo en el cielo, y más abajo de los cuales están otros tres, el ángel de lo que fue, el ángel de lo que es, y el ángel de lo que será, que cantan la ciencia de lo pasado, de lo presente, y del porvenir: sublime y armonioso concierto que algunos sabios de la tierra han alcanzado a percibir cuando han puesto el oído sobre una tumba en las noches oscuras y silenciosas; un cuadro, en fin, que hubiérase hecho decir a Tovar de su Creación lo que el divino Dante de su Divina Comedia:

..... poema sacro
Al quale ha posto mano Cielo e Terra.

Las circunstancias no han favorecido al poeta Tovar. Nació en un mineral frío y árido; creció entre las tristes ruinas y bajo el sol muerto de Oruro, y ha vivido hasta hace poco en Sucre, pueblo en donde las ideas, las pasiones y los afectos son templados como su clima. El, que no demuestra ser el poeta de las ideas ni el del sentimiento, sino el poeta de la fantasía, no debe contentarse con divisar las altas cimas del Illimani, Sorata, Chorolque, Potosí y Tunari; necesita contemplar otros cuadros de la naturaleza más espléndidos y variados que enriquezcan su imaginación y den a su pincel ese tinte vigoroso y exacto de que no sin frecuencia carece; visite esas privilegiadas regiones del oriente de Bolivia que llenaron a Cortés de sublime y ardiente inspiración, y donde se ostenta la verdadera poesía, la poesía de la naturaleza, de la cual la de los libros no es sino una imitación o un reflejo:

Hermosa poesía,
No es la del hombre, sin colores, fría.

Sucesiva, sin luz, sin movimiento;
Sino viva, brillante, simultánea,
Divina poesía,
Creación do se muestra
Del Poeta inmortal la fantasía.

La laboriosidad de Tovar hace esperar que la abogacía y el matrimonio que ha abrazado últimamente, no le impidan en adelante su trato con las musas, a lo menos en cuanto a cumplir la promesa que tiene hecha de publicar otro poema.

NOTA. — Publicado en Revista del Pacífico, Vol. I. Valparaíso, 1858.